

ARQUEOLOGIA DE LOS ANDES VENEZOLANOS

Erika Wagner

Las obras que sintetizan la prehistoria americana ignoran o mencionan muy someramente a los aborígenes de Los Andes venezolanos, y generalmente se considera que la problemática andina, desde el punto de vista arqueológico y cultural, engloba solamente desde Chile hasta Colombia. Si bien es cierto, que los pueblos precolombinos de nuestros Andes no alcanzaron la etapa de civilización como fue el caso de México y Perú, sí compartieron una serie de características con sus vecinos, sobre todo de Colombia, que reflejan un modo de vida andino en un sentido general.

Localmente, el interés por los aborígenes andinos venezolanos no es reciente. Desde la época de la conquista, las cuevas y los *mintoyes* (bóvedas alineadas por piedras) de la región elevada de Los Andes merideños han sido explotadas y saqueadas por buscadores de tesoros y por aficionados. Así se han obtenido una serie de artefactos: vasijas, figurinas, pendientes y amuletos ceremoniales, cuyo valor arqueológico es prácticamente nulo por su dudosa ubicación espacio-temporal. Los estudios arqueológicos sistemáticos se inician a partir de 1934 con A. Kidder (1944), C. Osgood y G. D. Howard (1943), y J. M. Cruixent e I. Rouse (1958), quienes ofrecen un cuadro panorámico general y una cronología arqueológica regional.

Desde el punto de vista etnohistórico e histórico Los Andes venezolanos han sido estudiados por diversos autores entre quienes se destacan Ernst (1885, 1891), Lares (1907), Salas (1908, 1971), Febres Cordero (1920), Jahn (1927) y Briceño-Iragorry (1928a, 1928b, 1929) quienes han basado su información en los primeros cronistas del occidente venezolano: Juan de Castellanos (1962), Fray Pedro Aguado (1956-57) y Fray Pedro Simón (1963), y han seguido la división clásica que se ha hecho de los aborígenes andinos en dos grupos: Timotos y Cuicas, confundiendo muchas veces unidades lingüísticas, culturales, raciales y políticas. Acosta Saignes (1952) hizo el primer intento de enfocar la historia cultural del país desde el punto de vista etnohistórico sistemático, estableciendo el "Área Cultural Prehispánica de Los Andes Venezolanos". Evitó el error de autores anteriores al no correlacionar por ejemplo evidencias lingüísticas y políti-

cas; sin embargo, al ignorar la dimensión temporal, no logró discernir los complejos procesos culturales en perspectiva histórica.

Lo anterior resume brevemente los dos enfoques tradicionales, arqueológico el primero y etnohistórico el segundo, utilizados hasta hace poco en el estudio de la Venezuela prehistórica andina. Desde que iniciamos nuestros trabajos en Los Andes en la región de Carache, Edo. Trujillo en 1963 (Wagner 1967), hemos tratado de integrar los dos enfoques arriba mencionados y además hemos considerado especialmente el factor ambiental. Por sus montañas elevadas y por su ubicación en los trópicos, Los Andes venezolanos presentan un mayor contraste de clima y vegetación que cualquier otra región de Venezuela. Es por ello que ofrecen una serie de zonas altitudinales a las cuales tuvo que adaptarse e interactuar con ellas la población aborígen: 1) la zona de los páramos, la cual no sirvió de habitat permanente al hombre, 2) la *tierra fría*, 3) la *tierra templada* y 4) la *tierra caliente*. Estos medios ambientes, excluyendo a los páramos se caracterizan respectivamente por los siguientes patrones culturales: *Andino* (Wagner 1970, 1973a), *Sub-Andino* (Wagner 1967) y *Andino Norteño Tropical* (Wagner 1973b).

La población precolombina en los páramos

La zona alpina o paramera está ubicada aproximadamente entre los 3000 y 4600 metros de elevación. Se caracteriza por un clima húmedo, escasa vegetación, suelos superficiales de poco desarrollo y temperaturas bajas. Las glaciaciones pleistocenas y las neoglaciaciones han sido activas en esta región y en los límites superiores de la *tierra fría* y son comunes los circos, aretés, lagos, morrenas, valles en forma de U y valles suspendidos (Schubert 1974). Las evidencias arqueológicas hasta la fecha nos indican que esta zona no sirvió de habitat permanente para el hombre precolombino en el actual territorio venezolano ya que el tipo de suelo y las bajas temperaturas son limitantes para la mayoría de los cultivos. Tampoco fue utilizada como región de pastoreo ya que nuestros páramos nunca albergaron rebaños como fue el caso de la puna peruana en donde según Flores Ochoa y Palacios Ríos (1978:85) ya para 5000 años antes de Cristo aparentemente estaban domesticados los camélidos andinos, permitiendo el desarrollo de una economía de pastoreo. Sin embargo, los páramos ofrecían cacería abundante a la población de la *tierra fría* y debieron servir como zona de paso a regiones más bajas durante confrontaciones bélicas, en viajes de exploración o intercambio hacia Los Llanos y La Cuenca de Maracaibo. Pero sobre todo, fueron el escenario de prácticas religiosas como

lo atestigua el hallazgo de objetos "ceremoniales" en cuevas y abrigos rocosos elevados, llamados localmente por los campesinos *santuarios*. Entre estos objetos se destacan figurinas antropomorfas de arcilla y de piedra, pequeños boles trípodes o "incensarios" y placas o pendientes alados conocidos como "alas de murciélago". La ausencia de estudios arqueológicos sistemáticos sobre el material procedente de estas cuevas se debe en gran parte a que los restos hallados en ellas muchas veces han sido encontrados por algún campesino quien lleva sus hallazgos al centro poblado más cercano; de allí pasa a través de varios intermediarios hasta llegar a manos de alguien interesado en su origen. Ninguna de las cuevas hasta ahora exploradas parece haber servido de habitat permanente al hombre precolombino, ya que no se han encontrado objetos utilitarios en ellas y además son generalmente de tamaño reducido. No son en realidad cuevas en el verdadero sentido de la palabra, sino más bien abrigos rocosos causados por el deslizamiento de rocas o por fractura. A partir de la conquista europea estas cuevas también sirvieron de escondite a la parafernalia ritual aborígen para escapar a la destrucción de los europeos deseosos de convertir al indígena a la religión católica. Parte de este ajuar, vinculado a la vida sobrenatural, probablemente fue depositado también allí por los aborígenes de la *tierra fría* para venerar elementos de la naturaleza como los picos nevados, las lagunas glaciales, el sol, la luna.

Los documentos que existen en los diversos archivos, desde el Archivo General de la Nación hasta los archivos parroquiales, contienen copiosa información sobre la destrucción de ídolos y juicios contra los *piaches* o *mohanes* (*mojanes*) con el fin de erradicar las creencias paganas. La primera información escrita en este sentido data de 1606-1608 cuando el Obispo Fray Antonio de Alcega visitó a Boconó. En aquella oportunidad bautizó a todos los aborígenes, quemó 1104 santuarios, casas e ídolos y mandó a quemar otros 400 santuarios (Nectario María 1962). Sin embargo, los aborígenes seguían practicando sus ritos secretamente en las cuevas elevadas, a pesar de las persecuciones. Para 1750, mezclado ya con el ritual católico, el indio Juan Benito Vázquez de Boconó, y vecino de Carache, practicaba la *santería*. Los sábados iba a los santuarios de Siquisay y Mocuy, y ante un "muñeco de monstruosas formas" bendecía los conucos, bestias y ganado y recibía a los enfermos y castigaba a los mal casados. Recogía ofrendas de ovillos de hilo, paquitas de algodón o añil, garbanzos y otras legumbres, plumas, mantas y lienzos criollos. La función terminaba avanzada ya la noche al son de pitos y tambores, maracas y fotutos, en que se consumía chicha y aguardiente catalán (Fonseca 1955: 66). Para 1777, cuando el Obispo Martí visitó la zona, la idolatría aparentemente ha-

bía cesado ya que expresa: “Los indios no son idólatras pero creen en simples y vanas observaciones contra las que predica este Cura según el me dize” (Martí 1969:462). En Mérida todavía en 1847 se siguió juicio a Tadeo Paredes por agorero o adivino (Contramaestre 1976).

La población precolombina en la tierra fría

La tierra fría se encuentra entre los 2000 y 3000 metros de altura. A diferencia de la zona paramera, la *tierra fría* de Los Andes venezolanos si es y ha sido en el pasado un habitat favorable para asentamientos humanos permanentes. Culturalmente la población precolombina de esta zona corresponde al *patrón Andino* establecido en base a nuestras excavaciones en el área de Mucuchíes (Wagner 1973a). Este patrón se caracterizaba por: a) construcciones de piedra (terrazas agrícolas, murallas, cercas, basamentos de vivienda y *mintoyes*); b) los muertos eran enterrados con objetos votivos; c) la cerámica es simple, tosca y de formas sencillas; d) la subsistencia se basó en el cultivo de tubérculos altoandinos y e) el intercambio con grupos de otras zonas altitudinales debió ser importante por la presencia de elementos atípicos de la zona.

Basándonos en datos que proveen cronistas y estudiosos modernos y en los abundantes hallazgos arqueológicos obtenidos de los sitios de Chipepe (Cruxent y Rouse 1958), San Gerónimo (Vargas 1969), El Mocoa Alto, La Era Nueva, El Royal, Mistique, La Toma, Llano El Hato, y los Micuyes (Wagner 1973a) ubicados a lo largo del río Chama sobre terrazas agrícolas y valles fluviales, y Chicué, Mesa Cerrada, Mucuyupú de la zona de Timotes (Wagner, MS). podemos inferir que la región que tipifica al *patrón Andino* de la *tierra fría* andina tuvo una población relativamente densa en tiempos protohistóricos, antes de que los españoles sometieran y redujeran drásticamente a la población aborígen. Salas (1971:152) ha estimado que las diversas agrupaciones que poblaban la zona del Chama no pasaban de 50.000 almas para la época de la conquista. Aquellos grupos que sobrevivieron después de 30 años de luchas fueron reducidos al moderno poblado de Mucuchíes y convertidos al catolicismo por los Agustinos y Dominicos. Sin embargo, sus descendientes conservaron hasta comienzos de este siglo algunos rasgos de su forma de vida aborígen, como por ejemplo hábitos alimenticios, lenguaje y las construcciones de piedra (Jahn 1927).

La subsistencia estuvo basada en la agricultura de tubérculos altoandinos y el consumo de maíz y en menor grado en la caza y la recolección. Para ello nos basamos en evidencias botánicas, zoológicas,

etnohistóricas y en el hallazgo de artefactos utilitarios asociados con estas actividades (manos, metates, hachas, azuelas) encontrados en las excavaciones arqueológicas.

Los tubérculos altoandinos que sólo se dan en la *tierra fría* son el *Ullucus tuberosus* (*ullucu, ruba, timbós, papa lisa*) (Patiño 1964: 30-31); este tubérculo todavía se consume en la región de Mucuchíes en *sancochos* y para preparar picante; el *Oxalis tuberosa* (*oca, cuiba, huisisai, apio blanco, ibias*) (Patiño 1964:36-40), producto que se utiliza actualmente para preparar chicha o se come crudo o se fríe, y la papa (*Solanum* sp.) La *ruba*, la *cuiba* y la papa no se han encontrado en nuestras excavaciones, ya que su preservación es muy difícil. Se han preservado restos de estos tubérculos en la costa peruana y como motivo estilizado en la cerámica Mochica. Sin embargo, consideramos que su cultivo en los Andes de la *tierra fría* venezolana es precolombino por los nombres indígenas que poseen estos tubérculos, por lo arraigado que están en la dieta de los campesinos andinos y por la información de los cronistas. Jahn (1927:318) informa que la papa llamada hoy *papa criolla* crece espontáneamente en la región de Mucuchíes y es presumible que haya sido cultivada por los aborígenes porque en estado silvestre sus tubérculos son muy pequeños. En la puna de Los Andes centrales estos cultígenos fueron procesados para convertirlos en *ch'uñu* (curadas al hielo de noche, y de día al sol para deshidratarlos y poder almacenarlos por tiempos prolongados), práctica que no es posible por razones climáticas en los páramos.

En los yacimientos de El Mocoa Alto y La Era Nueva del área de Mucuchíes encontramos mazorcas de maíz quemadas, las cuales fueron analizadas por H. Cutler del Jardín Botánico de Missouri y por P. C. Mangelsdorf del Museo Británico de la Universidad de Harvard. Casi todas estas mazorcas pertenecen a una versión primitiva de la raza Colombo-Venezolana *Pollo*, aunque Cutler (comunicación personal) en base al material analizado por él cree que algunos ejemplares pertenecen a una serie de variedades pequeñas que se encuentran desde Chile hasta el norte de México, y las cuales parecen ser bastantes antiguas. El maíz se produce actualmente en Los Andes venezolanos hasta una altura aproximada de 2400 metros. Hoy en día no se da este cultivo en Mucuchíes (a 3000 metros de elevación) y Mangelsdorf (comunicación personal) opina que pudo haber sido reemplazado por el trigo cuando este producto fue introducido por los europeos en el Siglo XVI. En la Relación Geográfica y Descripción de la ciudad de Trujillo, año de 1579 (Arellano Moreno, comp. 1964) ya figura la harina de trigo y los bizcochos entre los renglones de exportación a Maracaibo.

Como alternativa, sugerimos que el maíz pudo haber sido obtenido en Mucuchíes a través de algún mecanismo de intercambio —Comercio— trueque— de regiones más bajas a cambio de por ejemplo la papa, la *rubá* y la *cuiba*, diversificando así la dieta en ambas zonas altitudinales.

La población aborígen de la región de Mucuchíes también debió consumir una serie de frutos y vegetales silvestres que aun crecen en la región y los cuales tienen nombres netamente indígenas como por ejemplo la *curuba* (*passiflora* sp.), *cuchuva* (*Phisalis* sp.), *mi-chiruy* (*Draba Bellardi*), *churi* (*Cucurbita* sp.), etc. (Menotti Spósito 1948). Igualmente conocían los usos medicinales de una variedad de plantas autóctonas entre las cuales se destaca el dictamo del páramo (*Lysipomia bourgoinii*), sobre cuyo uso hay una serie de leyendas y reseñas de tipo folklórico.

El cacao parece haber sido de importancia especial en toda la zona de Los Andes venezolanos, no tanto como alimento propiamente dicho, sino más bien para uso ceremonial. Salas resume al respecto lo siguiente :

“que el cacao era planta ritual de los indígenas de la cordillera de Los Andes, tanto cuicas como mucus ; extraíanle la manteca que quemaban en honor de sus divinidades en vasijas de barro cocido, de forma especial pebetero o trípode... llamados chorotes por los españoles. Molido y cocido extraíanle al cacao la grasa que como lo mejor que tenían los indígenas consagrabanla a sus dioses, por intermedio de los mojanos ; costumbre peculiar de todas las tribus andinas, aun de los mucuchíes y otras, que por vivir en los puntos más altos tenían que adquirir por comercio el cacao que necesitaban para sus ritos...” (Salas 1908:83).

Acosta Saignes ha expresado su duda sobre el uso del cacao por los aborígenes prehispánicos basándose en que la Relación Geográfica de la ciudad de Trujillo en la cual se enumeran los productos agrícolas de la región, no se cita al cacao (Acosta Saignes 1952:56). Es de interés señalar que Fray Pedro Aguado, una fuente confiable del Siglo XVI, tiene una información que parecía indicar el uso del cacao por los aborígenes andinos al decir :

“usan estos indios comer ceibas que son ciertas almendras [¿cacao?] de la Nueva España...” (Aguado 1957, II:265).

El problema básico radica en que hay que distinguir entre el cacao silvestre y el cacao domesticado. Es posible que este fruto era

conocido por los aborígenes andinos en forma silvestre, y que luego fuera traído en forma domesticada desde México en tiempos históricos. Esto lo sugiere Sauer (1950: 539), quien cree que fue traído por los franciscanos desde Nicoya, aunque añade que posiblemente hubo un tipo de cacao (el cual no especifica), que se cultivaba en Mérida antes de la conquista. La evidencia arqueológica de su uso por los aborígenes la constituyen las vasijas trípodes del tipo "incensario" que abundan en los yacimientos arqueológicos andinos excavados por nosotros y los cuales igualmente abundaban en las cuevas de la zona de los páramos.

El frailejón (diversas especies del género *Espeletia*) característico de la zona paramera tuvo aparentemente muchos usos en la vida diaria de la población de la *tierra fría*: para techar las viviendas, para arroparse y como alimento. Los campesinos de la región de Mucuchíes todavía comen una conserva que sacan del corazón del frailejón, después de algún tiempo de haber quemado sus hojas, o lo comen crudo, costumbre que como sugiere Lares (1907) seguramente les viene de sus antepasados. Diversas especies de pimiento o ají (*Capsicum* sp.) eran de uso general en la Venezuela precolombina. En la *tierra fría* se empleaba combinado con ciertos productos vegetales de la zona elevada como por ejemplo las flores del maguey (*Agave* sp.) y las hojas de *istú* (*Renealmia aromática*) (Febres Cordero 1920).

La caza fue otra actividad importante, a juzgar por la cantidad de fragmentos óseos de mamíferos, tortugas y aves encontradas en nuestras excavaciones de El Mocoa Alto y La Era Nueva. O. Reig y O. Linares (entonces de la Universidad Central de Venezuela), identificaron los siguientes animales: conejo *Sylvilagus brasiliensis meridensis* (Thomas), venado *Odocoileus virginianus goudotti* (Gay et Gervais), báquiro (*Tayassu tajacu torvus* (Bangs), lapa (*Cuniculus paca paca*), zorro guache de la cordillera *Nasuella olivacea meridensis* (Thomas) y picure *Dasyprocta aguiti cayana*. Los huesos de aves probablemente pertenecen a miembros de la familia *Cracidae* como por ejemplo guacharacas (su identificación precisa es difícil por lo fragmentado del material óseo). Roger C. Wood del Museo de Zoología Comparada de la Universidad de Harvard identificó el material quelónido como perteneciente a la sub-familia *Testudinae sensu* Williams (1950). Según Wood (comunicación personal), las formas vivientes más cercanas a estas tortugas son probablemente *Geochelone carbonaria* y *Geochelone denticulata*, especies que generalmente habitan bosques de tierras bajas y sabanas, y por consiguiente su hallazgo a 3000 metros de altura

sugiere que fueron traídos a la región de Mucuchíes por el hombre en expediciones de cacería o por intercambio.

Las fuentes históricas señalan que muy pocos animales domésticos fueron encontrados en poder de los indígenas de Venezuela y Colombia. El acure o conejillo de Indias (*Cavia porcellus* L.) fue domesticado en Colombia alrededor de 1000 A.C., según estudios realizados por IJzereef como indican Correal y van der Hammen (1977) para los abrigos rocosos de Tequendama, área de Bogotá. Se menciona igualmente su presencia entre nuestros aborígenes merideños pero no hemos encontrado sus restos en las excavaciones arqueológicas. Los cronistas también mencionan frecuentemente un perro mudo que algunas tribus domesticaban y que les servía de alimento. Según Salas (1908: 55) "la descripción que de ellos se hace coincide con la del animal denominado picure en el Estado Mérida, que es una especie de hurón muy fácil de domesticar", y cuyos restos óseos si fueron encontrados en nuestras excavaciones de la zona de Mucuchíes.

René Martínez de la Universidad Central de Venezuela identificó diversos géneros de moluscos encontrados en las excavaciones del área de Mucuchíes. Entre este material abundan fragmentos y caracoles enteros del género *Plekocheilus Dryptus*, un caracol terrestre que se encontró en cantidad apreciable y que no mostró evidencias de retoques artificiales, y por consiguiente pudo haber sido recolectado como alimento.

La cerámica de los yacimientos de la *tierra fría* es burda y simple y hay pocos elementos decorativos, sobre todo si se compara con la cerámica que tipifica la *tierra templada*. Las formas reconstruidas pertenecen a jarras con cuerpos globulares, ollas, vasijas globulares de cuello corto, boles abiertos, incensarios, vasijas trípodas con patas sólidas y platos. Los modos decorativos son el appliqué, incisión, punteado y modelado. El motivo decorativo más diagnóstico consiste de appliqué en forma de cadenas de sección triangular. Un porcentaje reducido (2%) de la cerámica del área de Mucuchíes está formada por tiestos pintados de los tipos Mirinday Pintado y El Chao Plástico del área de Carache, Edo. Trujillo (Wagner 1967), los cuales deben ser producto de comercio de la *tierra templada*. Se caracterizan por técnicas decorativas pintadas o pintado-plásticas con diseños geométricos monocromos y policromos. Algunos tiestos atípicos recuerdan la cerámica del área Chibcha de Colombia y al material de la tradición Dabajuroide de los Estados Falcón y Zulia.

Ciertamente las inquietudes artísticas de la población aborígena que tipifica al *patrón Andino* de la *tierra fría* no fueron canalizadas a

través de la alfarería. Sin embargo, los artesanos de Mucuchíes se destacaron en la elaboración de placas de serpentinita de diversas formas y tamaños. Encontramos gran cantidad de piezas enteras, fragmentos, piezas sin terminar, material residual y materia prima junto con pulidores y piedras para amolar, asociados con 18 esqueletos humanos en el Mocoa Alto del área de Mucuchíes. Este es el primer caso que conocemos en la literatura andina en la cual se haya encontrado un taller y cementerio de artesanos de este tipo. Estas placas, sobre todo aquellas denominadas "alas de murciélago" parecen haber servido como ornamentos fúnebres, ya que los encontramos *in situ* descansando sobre los restos humanos. La serpentinita, atípica de Los Andes, debió obtenerse de regiones distantes en expediciones de recolección o por comercio, como la Cordillera de La Costa, las penínsulas de la Guajira y Paraguaná o la Sierra Nevada de Santa Marta (Wagner y Schubert 1972). Recientemente, Perera (1977) en un estudio extenso sobre las placas líticas del occidente venezolano se refiere a depósitos de serpentinita de las zonas de Timotes y Burbusay del Estado Trujillo y sugiere que en la región andina venezolana sí existen fuentes naturales de aprovisionamiento de estas rocas. C. Schubert (comunicación personal) sostiene que hasta ahora no se ha hallado serpentinita en Los Andes venezolanos y que el afloramiento más cercano de rocas básicas es Cerro Papelón al oeste de Ospino (Edo. Portuguesa).

El comercio, o algún otro tipo de contacto directo o indirecto de la gente que tipifica al *patrón Andino* con regiones más bajas debió ser muy importante, especialmente para proveer a la población de la *tierra fría* de una dieta más diversificada. Esto lo inferimos por el hallazgo de las mazorcas de maíz en Mucuchíes y por los restos de animales que abundan en regiones selváticas cercanas al piedemonte andino como lapas y tortugas encontradas en las excavaciones. Un pendiente de concha fue identificado por R. Martínez como *Cyphoma gibbosa* Linnaeus, un gastrópodo marino, el cual debió adquirirse de la región del Lago de Maracaibo o del Caribe. Obtuvimos igualmente una delgada lámina de tumbaga, perforada en el centro, que servía de pendiente, la cual fue analizada por Lechtman (1973) quien ha sugerido que se trata de un objeto importado de la zona Chibcha o Tairona de Colombia. Esta afirmación se basa en el hecho de que la sofisticación de la técnica con que fue elaborado es la del *mise-en-couleur* (o *depletion gilding*) típica de los orfebres colombianos y de que en Venezuela sólo se han encontrado dos objetos adicionales en contextos arqueológicos. Uno de ellos procede de la zona de Barinas (Caño Caroní) y el otro del río Guasare, Edo. Zulia, para los cuales se sugiere igualmente un origen foráneo (Zucchi 1975: 50). El in-

tercambio con otras regiones también se infiere por la presencia de la serpentinita y por la cerámica monocroma y policroma del área de Carache del Estado Trujillo.

Al igual que en Colombia, se encuentra en la *tierra fría* andina venezolana una arquitectura incipiente, aunque menos desarrollada. Hay gran cantidad de muros de piedra, muchos de los cuales son modernos, pero algunos por su ubicación en sitios aislados no habitados en la actualidad pueden ser precolombinos y haber servido como marcadores de límites entre diversos grupos. Lo mismo ocurre con las terrazas agrícolas alineadas por piedras denominadas *andenes* o *catafós* las cuales servían para aumentar las superficies cultivables de las montañas y para controlar la erosión. Las viviendas también se construían con piedras y estaban cubiertas de paja, hojas de frailejón y otros materiales perecederos, tradición que subsiste entre algunos pobladores modernos en zonas apartadas. Las construcciones de piedra que más se destacan en la región de Mucuchíes son los *mintoyes* que pudieron servir como tumbas o alternativamente como silos para almacenar granos y/o tubérculos. Los hay de diversas formas, pero generalmente consisten de una cámara circular sellada con dos lajas, y en los cuales según las fuentes históricas (Lares 1907, Febres Cordero 1920 y Jahn 1927) se enterraba a los muertos con su parafernalia votiva. Desde hace tiempo han sido saqueados los *mintoyes* y en la actualidad se emplean para rellenarlos de piedras que recogen los campesinos en los conucos para mantenerlos limpios y más fácilmente cultivables.

Poseemos 12 fechas de carbono —14 procedentes de El Mocoa Alto y La Era Nueva—. Estas fechas oscilan entre 450 y 1120 años antes del presente. Estas fechas encajan dentro del período IV (1000 - 1500 D.C.) de la cronología regional de Cruxent y Rouse y dentro del resto de las fases del occidente de Venezuela que muestran similitudes con Mucuchíes. Hallamos algunos tuestos de mayólica europea los cuales Cruxent (comunicación personal) ubicó en el siglo XVII, lo cual extiende nuestra cronología hasta la época Indo-Hispana (período V) o histórica. Las fuentes históricas mencionan que el primer europeo que contactó a los aborígenes del área de Mucuchíes fue Fernando Cerrada (Salas 1908: 166) quien llegó a la zona en 1559.

Podemos concluir que los aborígenes andinos venezolanos de la *tierra fría* recibieron influencias directas o indirectas de Los Andes Centrales a través de las regiones Chibcha y Tairona de Colombia. Ambas regiones comparten con Los Andes venezolanos las construcción de piedra, una subsistencia centrada en el cultivo de tubérculos altoandinos, cerámica y los pendientes alados de serpentinita. Ciertos

rasgos característicos de los aborígenes de Colombia como la metalurgia (a excepción del objeto de Tumbaga del área de Mucuchíes), una arquitectura monumental y una organización social, política y religiosa aparentemente más compleja no se han encontrado entre los aborígenes andinos venezolanos. Las evidencias arqueológicas hasta ahora disponibles parecen indicar que la región de la *tierra fría* de Los Andes venezolanos fue ocupada por el hombre tardíamente, en tiempos protohistóricos y que debió ser marginal en el desarrollo cultural andino global. También cabe señalar que muchos elementos culturales típicos de Los Andes centrales no llegaron a desarrollarse en Venezuela por el impacto que causó la llegada europea. Con la conquista española a partir del siglo XVI se produjo una fusión de elementos culturales aborígenes y europeos que eventualmente generó el modo de vida de la población andina campesina contemporánea.